

que no obstante necesitaba refuerzos para poder hacer frente a la fuerza armada, relativamente numerosa, que allí había reunido el gobierno napolitano. Por este motivo procuró atraer a su empresa la expedición de Pianciani, á cuyo fin se trasladó él mismo á Terranova. Nada consiguió de Pianciani, que pasó conforme estaba convenido á Sicilia; pero al llegar allí dimitió su mando, del cual se encargó Rustow. También se separaron del cuerpo expedicionario algunos oficiales, pero los demás se pusieron á las órdenes de Garibaldi, el cual en la noche del 19 al 20 de agosto pasó con sus fuerzas al continente. Bajo las órdenes de Bixio se embarcaron aproximadamente 4,300 hombres en los vapores *Torino* y *Francklin*, que pasaron desde Giardino á Melito en el extremo Sur de la Calabria, donde desembarcaron sin encontrar obstáculo. Para defender esta provincia tenía el gobierno napolitano la brigada Brigenti cerca de Reggio, la brigada Mellendez cerca de Bagnara y una reserva de 12,000 hombres á las órdenes del general Viale, en total 30,000 hombres (1). El primer encuentro fué un triunfo para los garibaldinos; Bixio entró en la noche del 19 al 20 de agosto en Reggio y empujó á la guarnición dentro del castillo, donde vió que tampoco estaba segura, porque Garibaldi se había apoderado entretanto de las alturas que dominaban el fuerte. Entonces le evacuaron los napolitanos, obteniendo libre salida con honores militares. Garibaldi, dueño ya de un punto marítimo seguro, mandó que acudiera desde Sicilia el resto de sus tropas, á las órdenes de Cosenz y de Medici, y marchó contra Brigenti, que se había unido con una parte de la brigada Mellendez. Atacó á los napolitanos cerca de Villa-San-Giovanni y Piale el 23 de agosto, y tan grande fué el desaliento y la falta de confianza de las tropas reales, que aunque eran 9,000 hombres, se rindieron al enemigo mucho menos numeroso. Entonces se extendió la sublevación rápidamente; Cosenza, Foggia, Potenza, Bari y otras ciudades se levantaron, parte de ellas con la aprobación de las guarniciones y parte después de una corta lucha con ellas. El general Ghio, sucesor de Viale, que había caído enfermo, emprendió la retirada, y perseguido sin descanso por Garibaldi, rindióse después de una corta lucha simulada el 30 de agosto, y lo mismo hizo la brigada Caldarelli al ver que le habían cerrado el camino de Salerno.

En la corte de Nápoles causaron estas noticias el espanto propio del sentimiento de la impotencia. Mientras la reina madre, la reina joven, el conde de Aquila y los embajadores de Austria y del Papa procuraban animar al rey excitándole á la resistencia, el ministerio el 22 de agosto le aconsejó la fuga, porque no había que confiar ya ni en el ejército ni en la escuadra; y su tío el conde de Siracusa le escribió en 24 de agosto una carta en la cual le recomendaba que á fin de evitar una guerra civil, desligara á sus súbditos de su juramento y se sacrificara en aras de la independencia de Italia. Funcionarios elevados presentaron su dimisión; muchos generales se negaron á encargarse de los mandos que el gobierno les confiaba, y la escuadra no ofrecía seguridad ninguna. Además los agentes de Cavour trabajaban desde principios de agosto en la misma ciudad de Nápoles, y el ministro piemontés estaba directamente en correspondencia con Liborio Romano. Los generales piemonteses Mezzocapo y Ribotti, que habían sido enviados secretamente á Nápoles, conspiraban allí con el general Nunziante; en el puerto estaba el almirante Persano, con tiradores piemonteses y artillería de desembarco á bordo para ponerlos en tierra en caso de una revolución. Cavour le escribió con fecha 9 de agosto: «La

(1) Domenico Ghetti: *Storia della indipendenza italiana*, Turin, 1879, págs. 455 y siguientes.

misión de usted es auxiliar la sublevación de manera que aparezca á los ojos de Europa independiente de nuestro influjo: en este caso la Francia y la Inglaterra estarán con nosotros; de lo contrario, no sé lo que harán.» El gran deseo de Cavour era que estallara el movimiento antes que se presentara Garibaldi; pero el partido de acción de Nápoles quería precisamente lo contrario, y así no se efectuó la sublevación. Una tentativa de Ribotti para apoderarse del castillo del Elmo fracasó, no teniendo otra consecuencia sino que el general Nunziante y el príncipe de Siracusa, que se habían comprometido en la empresa, se acogieran á la protección de Persano. En esta situación cambió Cavour su plan, y en 30 de agosto ordenó al almirante no hacer nada hasta la llegada de Garibaldi y proceder después de acuerdo con él; pues para impedir la extensión de la revolución, es decir, de la agitación mazzinista en los Estados del rey, estaba decidido á invadir las Marcas y la Umbría. En estos territorios debía efectuarse entre el 8 y el 12 de setiembre un levantamiento, con cuyo motivo pensaba el ministro intervenir, tanto si el levantamiento llegara á ser sofocado por las tropas pontificias como si triunfara.

Por el mismo tiempo trató Francisco II de salvarse desviando hacia otros soberanos el golpe que le amenazaba, y de acuerdo con él, Liborio Romano ofreció á Garibaldi 50,000 soldados, toda la escuadra y tres millones de ducados para atacar los Estados del Papa y el Veneto, renunciando también el rey á la isla de Sicilia, á condición de que Garibaldi le dejara en cambio el continente (2). La idea secreta de esta proposición era envolver al Austria en la lucha y, en la suposición de que quedara vencedora, dar lugar á una restauración completa. Garibaldi no quiso aceptar de ninguna manera semejante proposición, y avanzó sin detenerse y sin que pudieran en opinión del rey hacerle frente las tropas que se hallaban entre él y Nápoles. Entonces se decidió el rey á salir de la capital y á defenderse con todas sus fuerzas detrás del Volturno. Dió orden á la escuadra de que le siguiera hasta Gaeta, pero la escuadra ya no le obedeció.

Invitado Garibaldi por Liborio Romano, efectuó el 7 de setiembre su entrada en Nápoles y se proclamó dictador de las Dos Sicilias en nombre de Víctor Manuel. Diez y ocho días habían bastado para conducir á Garibaldi desde Melito á Nápoles; pero muy lejos de contentarse con este resultado y de invocar la monarquía de la Italia del Norte, sólidamente constituida, para que asegurara el resultado obtenido y derribara el último resto del poder napolitano, siguió implacablemente su primer propósito de marchar también contra Roma y proclamar la unidad de Italia desde el Capitolio. Hasta donde le fué posible sin desviarse de su programa, satisfizo las pretensiones del partido anexionista; entregó toda la escuadra napolitana, compuesta de 34 buques, al almirante Persano é hizo proclamar en Nápoles la constitución del Piemonte, reservándose, sin embargo, señalar el momento en que había de entrar en vigor. También fué formado el ministerio nuevo, en el cual quedó del anterior solo Liborio Romano, de manera que Cavour podía estar satisfecho. Sin embargo, Garibaldi rechazó en términos absolutos todo trato personal con Cavour, y recelando que Depretis, al cual había nombrado prodictador de Sicilia, trabajara á favor de la anexión, le destituyó durante una corta permanencia en Palermo y nombró en su lugar en 11 de setiembre á Mordini, natural de Toscana, al cual dió un ministerio democrático.

(2) Delord, tomo III, pág. 49. El agente encargado de mediar entre Garibaldi y Liborio Romano fué La-Cecilia, que publicó en 10 de setiembre este aserto en el *Diario de Nápoles*, confirmando Liborio Romano su exactitud.

Se iba irremisiblemente acercando el momento crítico en el cual Garibaldi iba á dirigir sus armas contra el Papa y á dar lugar con esto á un choque con la guarnición francesa de Roma. Habiendo fracasado en marzo, á causa de la resistencia definitiva de Francisco II, el plan de reemplazar la guarnición francesa con tropas napolitanas, el duque de Gramont, embajador de Napoleon cerca del Papa, había propuesto fijar un plazo para la evacuación de Roma y poner á disposición de la Santa Sede un general que entretanto reorganizara el ejército pontificio y lo aumentara hasta 15,000 hombres; pero Thouvenel quiso reunir á las potencias católicas de Europa para que ofrecieran en común al Papa un auxilio pecuniario fijo y un pequeño ejército de 2,500 hombres, que cada tres años fuera relevado por otro ejército igual facilitado sucesivamente por Baviera, Bélgica, España y Portugal. Ninguno de estos proyectos se realizó por entrar Pio IX en relaciones con el general legitimista Lamoriciere, á quien llamó á Roma para encargarle la reorganización de su ejército. Aunque este proyecto había sido concebido en su origen con intención hostil contra Napoleon, y aunque Lamoriciere no quiso solicitar el permiso del emperador ni entrar en relaciones con su embajada en Roma, el cardenal Antonelli consiguió suavizar estas contrariedades y conseguir una inteligencia con el duque de Gramont, si bien con la segunda intención de aumentar el ejército hasta 25,000 ó tal vez 30,000 hombres, invadir con ellos en octubre la Romagna y reconquistarla, contando en caso de derrota con encontrar apoyo en el ejército de ocupación francés. Napoleon, que no ignoraba este propósito, quiso por lo mismo retirar sus tropas de Roma, y dió orden á Gramont de negociar en este sentido. Antonelli, que estaba enemistado con el ministro de la Guerra pontificio, Merode, jefe del partido belicoso, apoyó cerca del Papa las proposiciones de Napoleon, y el 12 de mayo, después de un cambio de notas, se pusieron de acuerdo el Papa y el gobierno francés en que empezase la evacuación de Roma sin demora y quedara concluida en el mes de agosto. Impidió entonces la realización de este proyecto la noticia del desembarco de Garibaldi en Marsala y sus triunfos de Sicilia. En vista de estos sucesos el partido del Papa en la corte de Francia, al cual pertenecía también el general Goyon, que mandaba el ejército de ocupación francés en Roma, desarrolló una actividad febril para hacer cambiar á Napoleon completamente su política. El partido pontificio tenía el apoyo de la emperatriz (1) y de Randon, ministro de la Guerra, y pidió primero la vuelta de Goyon á Roma, pues había sido llamado á Paris en agosto, y segundo, el relevo de Gramont. Su amenaza mas terrible fué que el Papa abandonara á Roma si el emperador no le protegiera contra una sublevación en la ciudad ó contra un ataque desde fuera; y hasta Gramont confirmó la seriedad de este propósito añadiendo que Pio IX pensaba en semejante caso pasar por Ancona, embarcarse en un buque de guerra austriaco y trasladarse á Trieste y de allí á Viena. Para impedirlo, recomendó Gramont que se contestara á la pregunta formal formulada por el nuncio en 10 de agosto con la promesa terminante de dar la protección pedida por el Papa. Tal como estaba la situación, no podía titubear Napoleon en prometer lo que se le pedía; pero de todos modos, le convenia evitar á toda costa un combate, y para esto no había casi otro medio mas que encargar á los piemonteses que tuviesen á Garibaldi alejado de Roma y permitirles á este fin atravesar con su ejército el Estado

(1) Gramont designa á la emperatriz en la carta que escribió á Thouvenel el 21 de julio de 1860 diciendo: «Las señoras que usted adivinará sin que yo las nombre.» Thouvenel, tomo I, pág. 157.

de la Iglesia para dirigirse á Nápoles; de suerte que Garibaldi no pudiese atravesar la frontera sin tener colisión con las tropas reales piemontesas. Por supuesto que apelando á este recurso permitía al mismo tiempo la anexión de Nápoles, de la Umbría y de las Marcas, si bien es de presumir que entonces había renunciado ya á la esperanza de impedir estas anexiones; pues á fines de julio había dicho ya Thouvenel (tomo I, pág. 161) que el triunfo de Garibaldi era, por desgracia, casi seguro, y que en este caso la Francia para conservar el equilibrio político debería anexionarse la isla de Cerdeña. Claro está que semejantes ideas no se manifestaban públicamente, pero determinaron la conducta del emperador en esta crisis inevitable.

Para Cavour no había duda de que era necesario impedir en interés de la causa nacional un ataque de Garibaldi contra Roma; pues la colisión con los franceses, que en este caso había de ocurrir, inevitablemente habría puesto en duda todo lo ganado hasta entonces. Tampoco le quedaba otro medio para impedir la entrada de Garibaldi en los dominios del Papa, mas que el pronto avance del ejército piemontés contra Nápoles pasando por los Estados de la Iglesia, siendo de importancia muy secundaria el obstáculo material que podía oponer el nuevo ejército pontificio creado por Lamoriciere. Aunque en la organización de este ejército emplearon mucho celo y actividad el general legitimista francés y el ministro de la Guerra pontificio, conde de Merode, y á pesar de que fué grande la eficacia con que les ayudó en su empresa la nobleza clerical de Austria, Francia y Bélgica, no pasaba el ejército pontificio de 20,000 hombres y estaba todavía muy lejos de poder entrar en campaña; por manera que no había de ser su vencimiento una empresa muy difícil. Pero otra cuestión muy distinta era para Cavour la actitud que tomaría Napoleon en semejante ataque. A fin de asegurarse de sus verdaderas intenciones, pues ante el público protestaba el emperador con gran energía contra los proyectos de Cavour, envió el ministro piemontés á Farini y Cialdini con una carta del rey á Chambéry, donde se hallaba Napoleon á fines de agosto, y estos enviados regresaron, según se asegura, con la contestación lacónica: «Haced, pero daos prisa (2).» No necesitó mas Cavour para tomar la resolución trascendental de entrar en acción tan pronto como recibió la noticia de que Garibaldi había entrado en la capital de Nápoles, abandonada por Francisco II.

Para preparar diplomáticamente la entrada de las fuerzas piemontesas en los Estados del Papa, pidió en 7 de setiembre al cardenal Antonelli que licenciara las tropas extranjeras enganchadas, pues que el gobierno de Italia no podía permitir que se sofocara á la fuerza el movimiento nacional en la Umbría y en las Marcas; y apenas Antonelli hubo rechazado, el 11 de setiembre, esta exigencia con una enérgica protesta, se efectuó en Urbino y Fossombrone el levantamiento de las poblaciones, y al propio tiempo pasaron las tropas reales la frontera, mientras Cavour, en una circular dirigida á las potencias europeas, trataba de demostrar que se había tomado esta medida en interés del principio monárquico y hasta de la seguridad del Papa.

(2) Delord, tomo III, pág. 45; Jerrold, tomo IV, pág. 200. Muchos autores como H. Martin, tomo VI, pág. 259, y Reuchlin, tomo IV, pág. 247, niegan que Napoleon diera esta respuesta, pero á mi modo de ver sin fundamento bastante. En el fondo venia á decir la contestación, según refiere Massari (Cavour, pág. 326): que el Piemonte tuviese presente que obraba de su cuenta y riesgo. Thouvenel mismo temia (tomo I, pág. 187) que al emperador se le hubiese escapado una expresión que pudiera alentar la osadía de Cavour, y Cialdini aseguró bajo su palabra de honor que el emperador le había despedido á él y á Farini con las palabras: *Bonne chance, et faites vite.* (Thouvenel, tomo II, página 237.)

El ejército piemontés concentrado en la frontera á las órdenes de Fanti se componía del 4.º cuerpo (Cialdini) y del 5.º (Rocca), en total 40,000 hombres, mientras el general en jefe del Papa no disponía de la mitad; porque de sus 20,000 hombres la cuarta parte por lo menos guarnecía diferentes plazas. Cuando Lamoricere recibió en 11 de setiembre la noticia del avance de las fuerzas italianas, quiso concentrar todas las que tenía disponibles delante de Ancona; pero no pudo conseguirlo ya, pues en 12 de setiembre Cialdini obligó á rendirse á la guarnición de Fano, compuesta de 1,200 hombres, mientras otra partida de igual número, bajo el mando del general Kanzler, consiguió retirarse despues de haber sufrido 200 bajas cerca de Sant-Angelo. El 14 se rindió Perugia, con 1,700 hombres á las órdenes del general Schmidt, despues de una corta resistencia. Lamoricere tenía solo 6,000 hombres cuando el 18 quiso abrirse camino desde Loreto á Ancona, camino que le cerraba Cialdini cerca de Castelfidardo con fuerzas superiores. Al pasar la fuerza pontificia el arroyo Musone que le separaba del ejército piemontés, se entabló un combate arduo, en el cual fué herido mortalmente el general pontificio Pimodan. Lamoricere llegó á pié con 50 hombres de caballería y 80 de infantería á Ancona. Algunas otras partidas escaparon en otras direcciones, y unos 4,000 hombres á las órdenes del coronel Cudenhoven tuvieron que rendirse á la mañana siguiente.

Entonces el ejército piemontés emprendió el sitio de Ancona auxiliado por la escuadra de Persano, que el 22 declaró bloqueado aquel puerto. El día 26 tomaron los piemonteses por asalto las lunetas del monte Pelayo y del monte Polito; el día 28 el buque *Victor Manuel* destruyó la batería del muelle y voló el polvorin; y el 29 se firmó la capitulación, rindiéndose en calidad de prisionero de guerra Lamoricere con 7,000 hombres. Como entretanto habian sido tomados algunos fuertes menores, pudo alabarse Fanti de haber tomado en esta campaña de diez y ocho días seis plazas fuertes, 190 cañones y haber hecho prisioneros de 17 á 18,000 enemigos, con solo una pérdida de 579 hombres.

Al recibir la noticia de estos triunfos se presentó el rey personalmente el 4 de octubre en Ancona y se encargó del mando en jefe, poniéndose al mismo tiempo en camino para pasar los Abruzzos con el objeto de atacar á los napolitanos por el flanco izquierdo. Francisco II, despues de su huida de Nápoles, habia situado todo su ejército, que ascendía todavía á unos 60,000 hombres, en la línea de Volturno, donde podia apoyarse sobre la plaza fuerte de Capua y desde allí á retaguardia sobre el Garellano, para esperar el ataque de los garibaldinos, cuyo mando superior tenia el general Turr, mientras Garibaldi habia pasado á Sicilia. Desde el 15 de setiembre amenazó Turr con 20,000 hombres, aproximadamente, la posición enemiga. El 19 consiguió el coronel Rustow ocupar á las fuerzas napolitanas por medio de un ataque contra Capua, tanto que otra sección de garibaldinos pudo pasar el Volturno y arrojar al enemigo de Cajazzo, situada en la orilla derecha rio arriba; pero al segundo día recuperó el enemigo aquella población, ocupada con fuerzas insuficientes, despues de una batalla de cinco horas contra una fuerza quintuple, lo cual reanimó un poco el valor de los napolitanos. Garibaldi, que habia vuelto ya de su corta excursión á Sicilia, hizo tomar á los suyos una posición defensiva cerca de Caserta; porque habiendo entrado entretanto los piemonteses en el Estado de la Iglesia y debiendo llegar pronto, le convino aplazar el combate definitivo. Esta misma consideración movió á los napolitanos á tomar la ofensiva, siendo su plan avanzar en tres columnas contra Maddaloni, Sant-Angelo y Santa María, romper las líneas de los garibaldinos y reunirse cerca de Caserta para amenazar desde allí

á Nápoles. En la madrugada del 1.º de octubre dió principio á este movimiento el general Ritucci, que tenia el mando en jefe, y luego empezó el combate en toda la prolongada línea de los garibaldinos, que especialmente entre Sant-Angelo y Santa María presentaba un peligroso claro; pero hacia las tres de la tarde Garibaldi condujo allí sus reservas, y á pesar de la superioridad numérica del enemigo y del valor que desarrolló aquel día, según se afirma, consiguió conservar en todos los puntos sus posiciones, de suerte que el enemigo repasó hacia la noche el Volturno. Únicamente el coronel Perrone habia roto las líneas garibaldinas y habia ocupado por la noche á Caserta-Vecchia; pero por desgracia suya rodeado por todos lados, tuvo que rendirse al día siguiente, lo que sirvió de remate al brillante triunfo militar alcanzado por Garibaldi al rechazar el ataque enemigo. Habiendo cooperado á la acción un batallón de tiradores enviado por Villamarina desde Nápoles, se dedujo de aquí un augurio favorable de que las diferencias entre Garibaldi y la política de Cavour serian zanjadas amistosamente, ya que Víctor Manuel se acercaba con su ejército desde el Norte.

Por lo demás, no se presentaban las cosas por este lado de un modo lisonjero. Garibaldi habia hecho saber al rey por el marqués Trivulzio-Pallavicini que no permitiría la anexión inmediata si no salían del ministerio Cavour, Farini y Fanti, sustituidos por otras personas que le merecieran mas confianza. En vista de esto, los tres ministros presentaron al rey su dimisión, y no habiendo sido aceptada, propusieron la convocación del parlamento para el 2 de octubre á fin de que decidiese entre ellos y Garibaldi. El rey accedió y expuso su situación personal de una manera digna, pero inequívoca, en un manifiesto que publicó desde Ancona, y en el cual decia entre otras cosas: «Para Europa no será acaso inútil mi política, que tiende á conciliar el progreso de los pueblos con la solidez del principio monárquico; para Italia sé que mi política acabará con la era de las revoluciones.» No cabía ninguna duda de que el parlamento se colocaría en posición idéntica, y Cavour facilitó esta actitud atrayéndose hasta á los vacilantes por medio de un discurso muy importante, en el cual declaró que el gobierno también tenía el objeto de obtener á Roma por capital; pero que esta era una cuestión que no podia zanjarse solamente con la espada, sino que exigía ante todo fuerzas morales; que era necesario que se generalizara la opinión de que el Papa, guardado por el amor de veintidos millones de italianos, sería mas independiente que guardado por 20,000 bayonetas; que la incorporación del Veneto á la monarquía italiana era solo cuestión de tiempo, porque la fuerza de atracción de la Italia unida sería mas irresistible que antes la del Piemonte, y que la Europa se convencería de que no habia otra solución mas que la anexión. Fué muy importante que Bertani, que justamente entonces llegó de Nápoles, donde habia sido secretario general de Garibaldi, apoyara el proyecto de ley presentado por Cavour y que autorizaba al gobierno á efectuar la anexión de las provincias pontificias y napolitanas tan luego como las poblaciones interesadas hubiesen expresado este deseo por medio de un plebiscito. La cámara de diputados aprobó el proyecto de ley en 11 de octubre por 290 votos contra 6 y el senado cinco días despues por 96 votos contra 12.

Garibaldi pareció haber caído enteramente durante estas semanas en manos de sus amigos ultra-revolucionarios. A fines de setiembre habia destituido su ministerio presidido por Romano y formado otro nuevo presidido por Conforti, y en el cual Crispi se encargó de la cartera de Negocios extranjeros, y poco tiempo despues encargóse también del secretariado general en lugar de Bertani. Tanto él como Mordini,

el productador de Sicilia, no querían permitir por lo pronto ningun plebiscito, sino que se convocaran dos parlamentos, uno en Nápoles y otro en Palermo, para concertar las condiciones y el tiempo en que debía efectuarse la anexión. En cambio se declararon Pallavicini y el ministerio en Nápoles á favor del plebiscito, fijando para la emisión del voto el 21 de octubre. Ambos grupos lucharon con ardor para influir sobre Garibaldi en favor de su opinión; hubo escenas violentísimas, se presentaron dimisiones, y al fin triunfaron Pallavicini y Conforti. Crispi se retiró del ministerio el 15 de octubre, y Mordini dispuso también el plebiscito para la Sicilia. En el corazón de Garibaldi quedaba sin embargo clavada una espina; estaba decidido á retirarse tan luego como llegara el rey, y así lo anunció en un decreto de fecha 15 de octubre, en el cual ordenó á los productadores que dieran los pasos necesarios para la unión de las dos Sicilias al resto de Italia.

En estos catorce días no se habia hablado mas de disposiciones militares contra los napolitanos, á excepción de algunas escaramuzas de avanzadas, ni tampoco se habian movido las tropas borbónicas, que ante la aproximación amenazadora de los piemonteses solo tomaron providencias insuficientes, haciendo avanzar una división mandada por el general Scotti-Douglas para defender el desfiladero de Macerone cerca de Isernia, que conduce á las fuentes del Volturno. Pero antes de ocupar la división esta posición importante, la ocupó la vanguardia de Cialdini en 20 de octubre y dispersó en un breve combate á la división napolitana, cogiendo prisionero al general Scotti. Ante este nuevo fracaso los napolitanos abandonaron la línea del Volturno retirándose á la del Garellano, dejando en la plaza fuerte de Capua 10,000 hombres de guarnición. Estos defendieron la plaza tan solo hasta el 2 de noviembre, porque cercada por los garibaldinos y las tropas piemontesas, mandadas por Rocca, que amenazaba con el bombardeo, el comandante napolitano, general Corné, capituló, quedando con toda la guarnición prisionero de guerra.

Entretanto habíase efectuado el 21 de octubre en las dos Sicilias el plebiscito, dando en la isla 430,000 votos á favor de la anexión y en el continente 1,300,000, contra 700 votos en la isla y 10,000 en el continente. En las Marcas y en Umbria la votación tuvo efecto, según disposición de Cavour, el 4 y 5 de noviembre, dando 230,000 votos á favor de la anexión y 1,600 en contra.

Algunos días despues se embarcó Garibaldi en Nápoles, en la madrugada del 9 de noviembre, para volver á su isla peñascosa de Caprera. Habia concluido por lo pronto su papel. El 26 de octubre habia tenido cerca de Teano una entrevista con Víctor Manuel, al cual dió el tratamiento de rey de Italia; pero la relación entre ambos caudillos se habia enfriado muchísimo, porque el rey no podia conceder lo que Garibaldi pidió, que era el gobierno general de Nápoles con la reserva de proceder cuanto antes al ataque contra Roma. Desde entonces evitaron los dos en los días inmediatos todo contacto personal hasta donde fué posible, y solo estuvo Garibaldi al lado del rey en la entrada solemne de éste en Nápoles, el 7 de noviembre, en medio de una lluvia torrencial. Se dice que al día siguiente trató una vez mas de inducir al rey á ceder á sus deseos; pero al ver que nada conseguía, rechazó todas las demás distinciones, especialmente la orden de la Anunciata, que da á sus poseedores la categoría de primos del rey, y se conformó, lleno de amargura, con su destino «de ser arrojado como una naranja exprimida,» conforme dijo al almirante Persano (1). En su

manifiesto de despedida encargó á sus voluntarios que se conservasen fieles al rey, diciendo: «La Providencia ha dado á la Italia un Víctor Manuel. Todo italiano debe seguirle, y ante el rey caballero debe desaparecer toda discordia.» En el mismo manifiesto dijo que por el mes de marzo de 1861 volvería á estar otra vez en su puesto, y que esperaba encontrar entonces un millón de italianos sobre las armas. Por esto mismo deseaba y esperó que el gobierno no disolviera el ejército del Sur y que lo conservara al lado del ejército permanente. Sin embargo, la manera que tuvo el gobierno de cumplir este deseo fué muy contraria á lo que quería Garibaldi y le ofendió en el fondo de su alma, pues el real decreto del 11 de noviembre que ordenó la conservación del



El general Cialdini (según fotografía)

ejército del Sur, exigía de los soldados que quisieran continuar en él que se comprometieran por dos años, y dispuso que el grado con que los oficiales garibaldinos pudieran entrar en el ejército permanente, dependiera del juicio de una comisión real, que debía examinar en cada caso particular las circunstancias especiales de los nombramientos hechos por Garibaldi. Esta medida era muy necesaria para no lastimar los intereses de los oficiales del ejército real piemontés, porque los ascensos en el ejército del Sur habian sido muy fáciles, y la entrada de tantos oficiales valientes, pero militarmente sin ninguna instrucción, habria sido insoportable para la oficialidad y perjudicial para la instrucción del ejército permanente. En virtud del citado decreto real se disolvió por sí solo el ejército del Sur, porque de los individuos de tropa apenas el uno por ciento quiso comprometerse por dos años de servicio, prefiriendo los demás, como era natural, aceptar la paga de seis meses para marcharse, á fin de volver otra vez á ponerse á las órdenes de Garibaldi el siguiente mes de marzo. También muchos de los oficiales pidieron retirarse y los demás quedaron siendo una carga molesta para el gobierno.

Disuelto el ejército del Sur, quedó á cargo del ejército piemontés la lucha contra el borbónico. Para el cerco de Gaeta las tropas piemontesas recibieron orden de pasar el Garellano bajo la protección de la escuadra de Persano; pero el almirante francés Barbier de Tinan, que con su escuadra se hallaba en las aguas de Gaeta, impidió la protección del

(1) Reuchlin: *Historia de Italia*, tomo III, página 304.